



Margarita Godínez  
*Los gigantes de la angustia. Ensayos sobre literatura austriaca contemporánea*  
La Rana, Guanajuato, 2008.

Ediciones La Rana presenta con *Los gigantes de la angustia* un excelente trabajo editorial, produce un libro limpio, libre de errores tipográficos, con un diseño agradable y una portada atrayente.

El libro como producto material es un logro. Sobre el libro como producto intelectual no diré nada positivo. Me imagino que el ensayo de Margarita Godínez procura conseguir dos objetivos: 1) justificar una beca otorgada por el Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Guanajuato; y 2) tomarle el pelo al lector.

Godínez se propone exponer y analizar la obra de tres autores austriacos: Joseph Roth, Thomas Bernhard y Elfriede Jelinek. Insiste en que su “análisis” será subjetivo. Cualquier análisis lo es, no cabe duda. Ni la hermenéutica, ni la narratología nos proporcionan instrumentos exactos para trabajar con textos literarios. No existe

la exactitud en la crítica literaria, sí existe la opinión personal, las hipótesis formuladas a la entrada de un texto específico que quizá se corroboran en el transcurso de la lectura, mas nunca serán verdades. Aun así, la inevitable subjetividad de los estudios literarios no debe confundirse con un impresionismo insípido. Godínez pretende comunicar sus experiencias de lectura, escribe desde el yo ensayístico. Sin embargo, al mismo tiempo construye un aparato teórico, hermenéutico, que debe guiar sus lecturas e interpretaciones. Es decir: Godínez no sabe qué escribir. ¿Un estudio académico? ¿Un texto asociativo? ¿Un ensayo libre? Como no sabe, sencillamente lo mezcla todo. Desgraciadamente el producto final no tiene rasgos de mestizaje productivo, sino es simplemente un texto con valor informativo e interpretativo nulo.

Las experiencias de lectura individuales son de sumo interés para la crítica, mas no cuando ellas mismas se presentan como crítica que, por razones estrictamente lógicas, no podrán ser nunca. Las lecturas personales realizadas por un Derrida, un Foucault, un Barthes (y de muchos otros) pueden ser el punto de partida de revisiones de textos sólo aparentemente bien conocidos. Una lectura que se acerca a los textos con la actitud infantil e inmadura del “estos libros me forman, son muy importantes en mi vida, me emocionan” debería permanecer en las páginas de un diario íntimo, no debería publicarse. Y desgraciadamente el acercamiento de Godínez a los tres autores es de esta índole. Recurre a una cómoda *Historia de la filosofía* y algunas referencias sueltas a Gadamer para explicar su método hermenéutico que, a la postre, se realiza mediante aburridos resúmenes de contenido. Procura contextualizar social e históricamente a Roth, Bernhard y Jelinek y comete errores espantosos. De *La rebelión*, novela desesperadamente nihilista, se puede leer: “Pum [el protagonista] escoge la *Lorelei* [para seducir a su futura pareja], y sólo nuestro desconocimiento actual de aquellas notas nos impiden imaginar cabalmente el efecto que esa melodía tuvo en el espíritu de la señora Blumich” (61).

Una “investigación” en Wikipedia hubiera sido suficiente para informarse sobre el mito romántico de Lorelei, la sirena del Rin, y sobre la versión poética más famosa del mito (de un tal Heinrich Heine), por ende sobre la función irónica que cumple la canción en el relato de Roth: una verdadera canción fúnebre para el romanticismo alemán, cuyos valores aparecen grotescos ante los resultados de la primera gran guerra causada, por lo menos parcialmente, por ellos mismos. Pero, ¿qué importa esto si, en lugar de un verdadero análisis, podemos participar del estremecimiento sentimental de la señora Godínez? De Elfriede Jelinek se afirma que la representación de sus obras teatrales fue prohibida en 1995 por el “candidato de ultraderecha Jörg Haider” al asumir éste el poder. ¡Vaya novela histórica fantasiosa! Haider nunca tomó el poder en Austria, logró su mayor éxito en las elecciones de 1999, pero, gracias a las protestas de la Unión Europea, tuvo que renunciar a una participación en el gobierno. Jelinek (¡ella misma!) prohibió la representación de sus piezas en el 2000 cuando el partido de Haider (¡no él!) formaba parte de la coalición ganadora de las elecciones. Pero, ¿qué importa esto si, como recompensa, el lector de *Los gigantes de la angustia* puede estremecerse sentimentalmente cuando lee que Godínez se refiere a la premio Nobel de 2004 tiernamente como “Elfriede”? Por cierto, también Thomas Bernhard había prohibido la representación de sus piezas en Austria. Pero de Bernhard, ícono literario del siglo XX, autor admirado, en México, por Juan García Ponce, Sergio Pitol, y muchos otros, Godínez no sabe decir nada. Mejor reproduce un antiguo ensayo suyo (de 1999) para darle más volumen a su librito. No hay huella de una discusión (que sí valdría la pena) de ironía, parodia, escritura hiperbólica, relación con el psicoanálisis, monomanía literaria, obsesión, Canetti, Círculo de Viena, etc., etc. No hay huella de un diálogo crítico con el famoso antecedente de José María Pérez Gay, cuyo *Imperio perdido* (Cal y Arena, 1991) había presentado la gran narrativa del *Finis Austriae* a un público mexicano atónito (la expresión es de Miguel Gon-

zález Gerth, no mía) sin que haya dicho la última palabra al respecto. Tampoco se busca la discusión con los ensayos de Claudio Magris, clarividente y verdadero iniciado en el tema. Pero, ¿qué importa esto si podemos “ver” las lágrimas melodramáticas que la autora llora sobre *La leyenda del santo bebedor*?

Esta última novela de Roth ya ha sido maltratada por Carlos Barral quien, quizá por afinidad etílica, la leyó como la gran parábola de los alcohólicos felices y productivos. Y Godínez repite el juicio de Barral cuando ve al protagonista del relato como “un destilado de todos los bebedores auténticos del mundo, de toda la historia del mundo” (88). ¿Qué será un “bebedor auténtico”? ¿No podría ser que Andreas Kartak es el prototipo de una existencia sin código, perdido en el mundo entre las dos guerras que, en muchos aspectos, se parece a nuestro mundo? El alcohol le daría, entonces, la ilusión de un mundo normado y narrable, regido por un código que entiende y maneja. Y nada de la Bohemia alegre, nada de melancolía alcohólica, pero mucho de paraísos artificiales engañosos y necesarios para la supervivencia del artista.

No cabe duda de que el yo del lector sí importa, de que la recepción de un libro suele empezar como experiencia íntima. ¿Pero realmente es necesario hacer públicas tales intimidades? Cuando escribimos sobre literatura, no escribimos sobre nosotros. Escribimos sobre objetos-sujetos tangibles que, en el presente caso, se llaman Roth, Bernhard y Jelinek, los que simbolizan una tradición cultural fascinante y respetable. Es decir, el objeto es suficiente y debería ser capaz de lograr que nos olvidemos por unos instantes de nuestros yos desmesurados. La crítica literaria —la académica y la ensayística; la mala y la buena— padece de egocentrismo. Hay que recomendar, en este contexto, el libro de Margarita Godínez a nuestros críticos *in spe* para que sepan qué errores deben evitar. Pero, por favor, que no tomen en serio lo que escribe sobre estos tres verdaderos gigantes. Andreas Kurz